

## De Celia Viñas

### Almería y los Indalianos.

Presentación de la Exposición Indaliana

Madrid, 1947

En esta entrañable Almería y cierta de largo viento de vidrio, delicada geometría de azotea entregada, blanca, cuajarón azucarado, la abeja dentro también, de uva, amarilla sed de callejones sin sombra-luz y luz plana, en esta Almería de prehistoria, lunar y lunática, con vocación de ruina geológica y subconsciente de venas argentíferas, un garabato, un “mono”, un muñeco-compás simple de piernas y audacia de brazos oferentes- levanta desde su raíz arcaica y su declinación infantil, un arco estilizado de flores prehelénicas, y este muñeco es lo más bufo y lo más serio de Almería, hoy junio del 47. Sobre las azoteas y el viento, la sed y la naranja de exportación, un arco de flores que se ve en adivina adivinanza, en la mano del muñeco. Es “Indalo” y puede aparecer en la pared frontera blanca de sal –no es una errata, no, no de cal- con trazo fuerte de carbón infantil, o en oro, delicada orfebrería morisca, en la solapa del último de los mecenas de factura clásica. Es Indalo. Toda escuela artística, lo razonaron críticos germánicos, necesita un jefe. Indalo es el jefe de la escuela indaliana. ¿Escuela? No, ni academia ni grupo de declamación siquiera. Escuela sin escolástica y gesto sin más postura que la de un arco de flores o... un huevo de Colón. Un indaliano va a ver las nubes de cerca, solo, descalzo, monte arriba, bajo una granizada bíblica, o pinta paisajes y pescadores de caña en las sábanas inmaculadas de su felicidad conyugal. Un indaliano crea unas manzanas en un bodegón -¿por qué no?- y prefiere antes de terminar el cuadro morder la manzana. Es un hombre de cuerpo en zig-zag porque respeta las sombras y el rubor de las sombras. Tiene siempre un paisaje sin estrenar para enseñar a una mujer. Regala caracolillos de la playa ó escribe un poema con sabor de constructivismo central. Tiene sus teorías personales sobre la electricidad y las afinidades electivas. No pertenece a ninguna generación porque él está siempre solo frente al espejo de los auto retratos. No se suicida como Larra y no le tiene miedo a la belleza de unos celindos ó unas flores de almendro. Generalmente no tienen maestro ni dinero. Se defiende por falta de definición y por negación y crítica. Suya y de los demás. Zarpazo bueno, valentón. Un ser o no ser indaliano en Almería hoy es un hacer o no hacer algo, por lo menos de cara al público. Púdicos poetas y dibujantes con ojeras rescatarán sus pájaros y margaritas para el noviazgo ó el centenario de Antonio Machado ó Pedro de Valencia. Los indalianos se dan. En actividad cada día crecida. Quizá nos obligue la palabra inquietud y la climatología, viento levante. Arrastrados por un viento cálido, exposiciones, recitales, veladas

necrológicas, conferencias, vistas hacia una cañada ó un muro viejo, charlas de café –muchas veces sin mas café que el del vecino- ¿bohemia? ¿tertulia literaria? ¿nueva escuela antequeranogranadina? No, ni uno ni lo otro. Genio ó geniecillo y también conciencia artesana.

Jugando a las cuatro esquinas con el demonio de Sócrates y el diablillo de Descartes y el ángel marchoso de Federico –ángel o duende- está ahora Indalo en una plaza almeriense de farolillos y fuente central Indalo que esconde las llaves de Almería y arranca los botones a los burgueses, los deliciosos paseantes de nuestra ciudad... Y es una cosa seria que nos causa respeto cuando Indalo es joven y teoriza sobre el hambre y cuando en su madurez no desdeña el noviciado. Un noviciado de arcos de flores que son y no son flores en el cielo de abanico de la ciudad del Sur. Con la noche, la luna recupera sus fotografías de jovencita cuando su presentación en sociedad inventó la palabra romanticismo. No puede olvidar quien enseña letras en un Instituto que el romanticismo comenzó en provincias y el italianismo renacentista y... Los puntos suspensivos son indalianos. El arco roto y las flores una a una sobre la arena seca de una ciudad del Sur habitada por príncipes arruinados y futuros académicos presidía por una inquietud que hoy llamamos indaliana porque no encontramos otro nombre.